

Clase y conocimiento	Título
Zavaleta Mercado, René - Autor/a;	Autor(es)
La autodeterminación de las masas	En:
Bogotá	Lugar
Siglo del Hombre Editores CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Clases sociales; Sociedad; Conocimiento; Marxismo;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20160314045020/07clase.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



CLASE Y CONOCIMIENTO¹

El problema que nos preocupa es la cuestión del margen de conocimiento de una sociedad atrasada, es decir, la relación que existe entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y sus repercusiones (considerando las relaciones de producción como el movimiento de las fuerzas productivas y la superestructura política como el resultado final del movimiento del modo de producción), y la capacidad de autoconocimiento de una sociedad. Este problema asume cierta importancia no tanto en la teoría como ciencia autorreferida sino, sobre todo, en la práctica o, mejor dicho, en la conciencia de la práctica.

En este tipo de formaciones económico-sociales, la propia supervivencia de modos de producción diferentes, articulados entre sí bajo una hegemonía concreta o, de hecho, no articulados sino en su punto más formal, como lo que se llama Estado aparente, propone intentos de producción de superestructuras diferenciadas y, en todos los casos, tareas que o bien corresponden a fases distintas de la periodización europea o bien son tareas que, por ejemplo, comienzan siendo burguesas y se transforman en socialistas, o son tareas rezagadas cumplidas desde una superestructura que ya las ha rebasado. Todo esto es consecuencia de la

¹ Texto extraído de *Historia y Sociedad*, N° 7, 1975, pp. 3-8.

aparición de una nueva fuerza productiva, que es la unificación del mundo por el capitalismo.

Pero las tareas burguesas difieren de las tareas socialistas no sólo por su objeto, sino que se diferencian como tareas mismas, es decir, en su índole. En lo básico, las tareas burguesas pueden ser realizadas desde un punto de partida consciente, pero también, en muchos casos, son resultado de una acumulación espontánea, o sea que la conciencia aquí no es sino un requisito escaso. En cambio las tareas socialistas son todas tareas conscientes, son el uso final de una superestructura que se ocupa de sobredeterminar sistemáticamente a toda la base económica y al propio resabio superestructural, hasta obtener su coherencia.

Con todo, si hablamos de países que solicitan a la vez tareas burguesas de rezago y tareas ya socialistas, es legítimo preguntarse cuál es el elemento que debe predominar. En principio, podría decirse que, puesto que las tareas para el socialismo son conscientes, no podría proponerse tal tipo de empresas sino a aquellas sociedades con capacidad plena de autoconocimiento, o sea, sociedades plenamente capitalistas, no sólo con referencia a su modo de producción sino también en su superestructura clásica, la democracia burguesa, a través de la cual (en explotación de la cual), la clase obrera crearía su modo hegemónico, cuya principal consecuencia es el fin de la eficacia ideológica de sus enemigos. Pero es la propia práctica histórica la que ha mostrado que las cosas no son así; lo que vale decir que se da cierta irradiación del índice de cognoscibilidad desde el modo de producción dominante hacia los modos de producción subarticulados.

Uno conoce, naturalmente, desde lo que es (aunque es cierto que, en algunos casos, como en la clase obrera, el ser no se reintegra sino cuando adquiere su autoconocimiento) y, por tanto, la sociedad no se hace susceptible de ser realmente conocida sino cuando se ha totalizado, es decir, cuando ya nada sucede en ella con autonomía, cuando todo ocurre con referencia a lo demás, cuando, en suma, todos producen para todos. Con esto se alude a un complejo proceso que va desde la propia ampliación de la unidad productiva, que aquí es la fábrica, hasta la construcción

de una cultura de ciudades, el *continuum* mercado interno - Estado nacional - democracia burguesa, etc.

En este sentido, el marxismo no es sino la utilización científica del horizonte de visibilidad dado por el modo de producción capitalista. Horizonte de visibilidad éste, por otra parte, que no puede ser explotado por la burguesía, cuya conciencia está oscurecida por la compulsión ideológica de su propia dominación, sino por el sector de los trabajadores productivos de este modo de producción, es decir, por el proletariado industrial que es así no sólo el actor fundamental del proceso capitalista de trabajo, sino también el único capaz de tener un conocimiento capitalista del capitalismo, si así puede decirse, es decir, un conocimiento adaptado a su objetivo.

Este tipo de conocimiento desde la clase, es decir, la relación entre la colocación objetiva y el conocimiento, lo expone Marx con una ejemplar combinación de lucidez y de modestia cuando se refiere al razonamiento de Aristóteles acerca del valor. Según Aristóteles:

5 lechos = una casa

no se distingue de

5 lechos = tanto o cuanto dinero

Con lo cual se establece una relación condicionada, pues la casa se equipara cualitativamente a los hechos, y si no mediase una igualdad sustancial entre objetos corporalmente distintos, no podrían relacionarse entre sí como magnitudes comensurables. Pero, en rigor, para Aristóteles es imposible que objetos tan distintos sean comensurables. Esta equiparación tiene que ser necesariamente algo ajeno a la verdadera naturaleza de las cosas y, por tanto, un simple recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica.

Pero lo que según Aristóteles no puede existir, puede ya ser conocido por Marx, para quien la casa representa un algo igual en

la medida en que representa aquello que hay realmente de igual en ambos objetos, a saber, trabajo humano.

No es que el valor en tiempos de Aristóteles no contuviera trabajo, lo mismo que el valor en tiempos de Marx. Pero era un valor que no se podía medir, y es por eso que la igualdad es la forma de la universalidad de la sociedad moderna y lo que hace que ella pueda ser conocida, aunque no por todos, sino desde determinado punto de vista. Escribe Marx:

Aristóteles no podía descifrar por sí mismo, analizando la forma del valor, el hecho de que en la forma de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo igual y por tanto como equivalentes, porque la sociedad griega estaba basada en el trabajo de los esclavos y tenía, por tanto, como base natural la desigualdad entre los hombres y las fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y equiparación de valor de todos los trabajos, en cuanto son y por el hecho de ser todos ellos trabajo humano en general, sólo podía ser descubierto a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la fuerza de un prejuicio popular. Y para esto era necesario llegar a una sociedad como la actual, en que la forma mercancía es la forma general que revisten los productos del trabajo, en que, por tanto, la relación preponderante es la relación de unos hombres con otros como poseedores de mercancías. Lo que acredita precisamente el genio de Aristóteles es el haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Fue la limitación histórica de su tiempo lo que le impidió desentrañar en qué consistía en rigor esta relación de igualdad.²

La igualdad jurídica es una condición para la acumulación originaria, así como para la acumulación capitalista en general, pero también, como lo dice Marx, es una consecuencia necesari-

² Carlos Marx, "Elementos fundamentales", en M. Rubel (ed.), *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*, volumen 2: *Revolución y socialismo*, Buenos Aires, Amorrutu Editores, 1970.

ria del momento en que la forma mercancía se convierte en la forma general del valor. Pero la igualdad jurídica no es sino una de las maneras que tiene el capitalismo de unificar y de globalizar a la sociedad. Por eso Marx no escribió *El capital* porque era Marx, porque si se tratase sólo de genialidad pudo haberlo escrito Aristóteles, sino porque estaba ya en condiciones de explotar un horizonte de visibilidad de la sociedad que no había existido hasta entonces. Se ha vuelto visible lo que antes era invisible o advertible por parcialidades. Pero, aun entonces, ¿por qué Marx y no otro cualquiera? Es cierto que se está ya ante la revolución industrial con un perfil definido, la sociedad con un rostro que no hará después otra cosa que crecer sin cambiar su cualidad. Nos parece que la clave explicativa está en el hecho de que Marx, por primera vez, explota tal horizonte de visibilidad desde el punto de vista de la clase obrera. No es que el mismo modo de producción proporcione un horizonte de visibilidad a una de sus clases y otro en todo distinto a la otra, sino que sólo una de sus clases constitutivas está en condiciones de explotar dicho horizonte de visibilidad, general a toda la sociedad. Es decir, que la diferencia se sitúa no en el horizonte sino en la capacidad distinta de su explotación. Los intereses de clase de la burguesía la inducen a no conocer, a oscurecer. Es la propia compulsión ideológica de la clase dominante la que le impide la explotación teórica del horizonte de visibilidad sin embargo objetivamente disponible en esa sociedad.

La propia clase obrera tiende a ver la sociedad como algo que se puede percibir racionalmente, como algo reductible a la explicación racional. En primer lugar, el obrero ha tenido que romper con su tradición para llegar a ser obrero. Es difícil pensar en un desgarramiento o ruptura más drásticos: es también la ruptura con todas sus supersticiones, criterios mágicos, prejuicios cristalizados. Pero hay además esto que bien puede llamarse *la lógica de la fábrica*, es decir, la lógica del proceso productivo y después la lógica de la explotación en el seno de la unidad productiva. El reconocimiento de la igualdad común es el principio de la organización. La concentración, en la que la ciudad es la continuación

de la fábrica, y el mercado nacional y la nación misma la continuación de la ciudad, eleva la base dada por la igualdad jurídica y, por eso, el propio sindicato y después el partido proletario no son sino prolongaciones orgánicas de la lógica de la fábrica. En cambio, la dispersión esencial de la pequeña burguesía y de sus sectores adscritos (en lo principal, los asalariados no productivos) les induce a ratificar un modo degenerado de conocimiento de la sociedad que se presenta en un doble rostro, sea adoptando una explicación irracionalista de la sociedad (como en el fascismo) o porque cuando se está aislado se tiende a recibir la explicación oficial, ideológica y autoritaria como la única explicación real y posible del mundo. Es su propia consistencia clasista la que les impide tener un conocimiento de rebelión con relación a la ideología de la clase dominante.

En un proceso contradictorio, este propio horizonte de visibilidad, que sólo puede ser explotado por una clase social, tiene sin embargo su punto de partida en la desintegración del viejo individuo, en la enajenación o ruptura que sufre el productor individual. Como advierte Marx, en el momento mismo de la manufactura ya “se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial”. Los conocimientos, la perspicacia y la voluntad que se desarrollan, aunque en pequeña escala, en el labrador o en el artesano independiente, como en el salvaje que maneja con su astucia personal todas las artes de la guerra, basta con que las reúna ahora el taller en su conjunto.

[...] Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital.³

³ *Ibid.*

Obrero parcial, parte por lo mismo del obrero colectivo, ser no individual; pero la conciencia corresponde al ser, y por tanto una conciencia individual nada puede aquí donde el ser se ha hecho ya colectivo. La destrucción de su ser individual es la condición para que aparezca el horizonte de visibilidad general y, por consiguiente, la ciencia que se produce a partir de la explotación de ese horizonte de visibilidad es también el único rescate de los hombres en su nuevo ser, que es su ser colectivo. Ya no pueden recuperar la vieja conciencia de individuos produciendo como individuos, capaces de comenzar y concluir un producto; no pueden rescatar la conciencia de lo que ya no son; sólo pueden adquirir la conciencia de lo que son.

Pero también conviene distinguir entre el sector del obrero colectivo apto para esa explotación (del horizonte de visibilidad) y el que no lo es. El siervo, por ejemplo, al huir hacia la ciudad o al incorporarse al taller por la desvinculación, deviene un obrero conservador, un obrero de primera generación. Ha hecho un acto de adquisición fundamental: ha pasado de la servidumbre a la libertad jurídica y, por consiguiente, tiene la gratificación de su propia nueva condición obrera y será, durante algún tiempo, un sujeto conservador. Es un proletario de cabeza campesina. En el artesano, al convertirse el taller en empresa capitalista, al cumplirse la subsunción formal, la adquisición es de otro tipo, es una adquisición que se refiere a la extensión de una condición y no a su instalación. Pasa de una manera de ser hombre libre a otra; su adquisición radica en la ruptura de la petrificación corporativa. Es el mercado el que le permite comunicarse con hombres de su misma condición y lo convierte de estamento local en clase nacional. Por tanto, es aquí donde se organiza el sector avanzado del proletariado y donde se asienta la posibilidad de explotación real del horizonte de visibilidad o fusión entre la clase que posibilita el conocimiento y el conocimiento mismo o ciencia social.

Pero eso sólo en lo que se refiere a la génesis del marxismo. Nosotros, empero, hemos nacido cuando el marxismo existía ya y, por eso, podemos preguntarnos si el marxismo es inmediatamente utilizable por nuestros movimientos obreros como un todo

y desde el principio. La respuesta es sin duda inmediatamente negativa porque, de otra manera, las frustraciones que sufren nuestros movimientos no se deberían sino a falta de lecturas. En la subsunción del socialismo científico como un fruto de la sociedad que se ha hecho al fin cognoscible como un todo a la realidad concreta de una formación económico-social que es sólo hegemónicamente capitalista y que, a veces, no tiene el modo de producción capitalista sino como un enclave, se tropieza con varios obstáculos.

En primer lugar, como es natural, la propia incorporación del instrumento científico por parte de los transmisores puede ser una incorporación desviada. En segundo lugar, en lo que es mucho más importante, cada clase obrera referida a su propio escenario nacional o área política recorre prácticamente las mismas etapas iniciales que las demás. Desde el momento en que no es sino un agregado recargado por los resabios o una minoría tan rodeada por un ejército industrial de reserva demasiado entremezclado con el lumpenproletariado, momento en el que sus capacidades de conciencia no son distintas de las del campesinado o de la pequeña burguesía, hasta la elaboración de su conciencia verdadera, hay un gran trecho. Pero si ya se ha conformado como clase objetiva, es decir, como clase en sí, con resabios, aún así es preciso que viva sus propias frustraciones empíricas, es decir, una práctica debida a un conocimiento intentado desde un método no correspondiente. Es decir, que debe surgir en la historia real, en la materialidad de la clase, el apetito por la fusión y, desde luego, debe haber quien le proporcione los elementos de la fusión.

Con todo, ésta es una clase a la que no le basta conocerse a sí misma, por cuanto su autoconocimiento como núcleo del modo de producción entero no puede detenerse allí. No puede conocerse sin conocer la sociedad en su conjunto y, por consiguiente, invadiendo a las clases supérstites, a los grupos no clasistas en rigor, es decir, practicando su propia irradiación. Lo de la irradiación es ya un rebasamiento ideológico que distorsiona la distribución de la hegemonía ideológica que llamamos *normal* (la de la clase dominante) y, como es obvio, se localiza sobre todo en el momento

de la crisis revolucionaria. Si sólo es verdaderamente proletario el proletariado en el momento en que ya obtiene la fusión, por tanto, sólo entonces puede concebirse a sí mismo como una clase internacionalista; mientras se enfrenta a los problemas de su constitución, es sólo una clase nacional y, por eso, incapaz objetivamente de ir más allá de los límites de la revolución burguesa.

Una sociedad no adquiere sino los conocimientos que giran en torno a las preguntas que se hace como tal sociedad. Pero la clase dominante no sólo no se hace preguntas verdaderas (salvo las que se refieren al perfeccionamiento de su dominación), sino que se dedica ya a organizar falsas respuestas, respuestas ideológicas; está parcializando reaccionariamente a una sociedad que ya está más lejos. Pero aun las preguntas que deba hacerse el sector oprimido, que cuando es orgánico es el único de la misma dimensión que la sociedad actual, son preguntas que se relacionan con su propia acumulación. La acumulación en el seno de la clase, por tanto, es algo que concierne tanto a los contenidos objetivos del desarrollo de esa sociedad como a su sucesión táctica. Al margen de la acumulación en el seno de la clase obrera es imposible la adquisición del instrumento científico (el marxismo) y, por eso, también el desarrollo de esta clase hacia dentro es la clave para el conocimiento de una formación abigarrada.